

Zweig, Stefan (2014) *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Traducción de J. Fontcuberta e A. Orzeszek. Barcelona: Acantilado.

En aquellas horas con Freud a menudo hablamos del mundo de Hitler y de la guerra. Como persona estaba profundamente conmovido, pero como pensador no le sorprendía en absoluto aquel escalofriante estallido de bestialidad. Siempre lo habían tachado de pesimista, decía, porque negaba la supremacía de la cultura sobre los instintos; ahora se podía ver horriblemente confirmada—y en verdad no estaba nada orgulloso de ello— su opinión de que la barbarie, el elemental instinto de destrucción, era inextirpable del alma humana. Quizás, en siglos venideros, se encontraría un modo, al menos en la vida común de los pueblos, de reprimir tales instintos; en la vida cotidiana, sin embargo, subsistían en la naturaleza humana más íntima como fuerzas inextirpables y quizá necesarias. Le preocupaba más, en sus últimos días, el problema del judaísmo y su tragedia actual; para este caso el científico no poseía ninguna fórmula y su espíritu lúcido, ninguna respuesta. Recientemente había publicado su estudio sobre Moisés, en el que lo presentaba como a un no-judío, sino como egipcio, y

con esta afirmación, científicamente difícil de justificar, hirió tanto a los judíos creyentes como a los judíos con conciencia nacional. Ahora lamentaba la publicación de ese libro en la hora más funesta para el judaísmo, «ahora que todo se les quita, yo les quito a su mejor hombre». Tuve que darle la razón en el sentido de que los judíos se habían vuelto siete veces más sensibles, pues, en medio de la omnipresente tragedia mundial, ellos eran sus auténticas víctimas, y lo eran en todas partes, ya que, azorados ya antes del golpe, sabían que toda abominación primero se desplomaría sobre ellos, y multiplicada por siete, y que el hombre más rabioso de odio de todos los tiempos trataría de humillarlos y perseguirlos, precisamente a ellos, hasta los confines de la tierra e incluso bajo tierra. Semana tras semana, mes tras mes, llegaban cada vez más refugiados, que parecían cada vez más pobres y más angustiados que los que les habían precedido. Los primeros, los que habían salido de Alemania con más premura, aún habían podido salvar la ropa, las maletas y los enseres de la casa y muchos incluso algún dinero. Pero cuanto más tiempo habían confiado en Alemania, cuanto más les había costado desprenderse de su amada patria, más severamente habían sido castigados. Primero les quitaron la profesión, les prohibieron la entrada en los teatros, cines y museos, y a los investigadores, el acceso a las bibliotecas: seguían allí por fidelidad o pereza, por cobardía u orgullo. Preferían ser humillados en su patria a humillarse como pordioseros en el extranjero. Luego se les privó del personal de servicio y se les quitó las radios y los teléfonos de las viviendas; después, las viviendas mismas; a continuación se les obligó a llevar pegada la estrella de David,

para que todo el mundo los reconociera, los evitara y escarneciera en la calle como a leprosos, expulsados y proscritos. Se les privó de todos los derechos, se ejerció sobre ellos con sadismo toda clase de violencia física y psíquica y, de repente, se convirtió en espeluznante verdad el viejo dicho popular ruso: «Del saco de mendigo y de la cárcel, nadie está a salvo.» Al que no se marchaba se le mandaba a un campo de concentración, donde la disciplina alemana ablandaba hasta al más orgulloso, y después, una vez desposeído de todo, se le expulsaba del país con un solo traje y diez marcos en el bolsillo, sin preguntarle adonde quería ir. Y entonces hacían cola en la frontera, imploraban en los consulados, casi siempre en vano, pues ¿qué país quería a gente desvalijada y pordiosera? Nunca olvidaré el cuadro que se me ofreció a la vista una vez que entré en una agencia de viajes de Londres; estaba abarrotada de refugiados, casi todos judíos, y todos querían ir a algún lugar. Les daba igual a qué país, a los hielos del polo Norte o a la hirviente caldera de las arenas del Sáhara, lo importante era irse lejos, muy lejos, pues el permiso de residencia había caducado y tenían que proseguir su camino, emprender viaje con mujer e hijos a otros lugares, bajo otras estrellas, a un mundo de habla extraña, entre personas a las que no conocían y que no querían forasteros. Encontré allí a un vienés, en otro tiempo rico industrial y a la vez uno de nuestros coleccionistas de arte más inteligentes. De momento no lo reconocí, de tan lívido, viejo y cansado como estaba. La debilidad le obligaba a apoyarse en la mesa con ambas manos. Le pregunté adonde quería ir: — No lo sé—dijo—. ¿Quién nos pregunta hoy lo que queremos? Uno va allí donde le permiten ir. Alguien me

ha dicho que aquí se puede obtener un visado para Haití o Santo Domingo.

El corazón me dio un vuelco. ¡Un hombre viejo y agotado, con hijos y nietos, que tiembla con la esperanza de poder trasladarse a un país que nunca ha visto en el mapa, sólo para ir tirando, para pedir limosna y seguir siendo un extraño y un inútil! A su lado alguien preguntó con ansia desesperada el modo de llegar a Shanghai, pues le habían dicho que los chinos todavía acogían a refugiados. Y así se amontonaban unos al lado de otros, ex catedráticos, ex directores de banco, ex comerciantes, ex hacendados, ex músicos, todos ellos dispuestos a arrastrar las miserables ruinas de su existencia allá donde fuere, por tierra y por mar, a hacer cualquier cosa, a soportar cualquier cosa, ¡pero lejos de Europa, lejos, lejos! Era un grupo fantasmal. Pero lo más trágico para mí era pensar que aquellas cincuenta personas maltratadas representaban sólo la dispersa y minúscula vanguardia del inmenso ejército de cinco, ocho o quizá diez millones de judíos que ya estaban a punto de marchar tras ellos, de todas las personas desposeídas y, por si eso fuera poco, pisoteadas luego por la guerra, que esperaban los envíos de las instituciones de beneficencia, los permisos de las autoridades y el dinero para el viaje, una masa gigantesca que, criminalmente espantada y huyendo con pánico del incendio hitleriano, asediaba las estaciones de tren en todas las fronteras y llenaba las cárceles, todo un pueblo expulsado al que se negaba el derecho a ser pueblo y, sin embargo, un pueblo que durante dos mil años no había deseado otra cosa que no tener que emigrar nunca más y sentir bajo sus pies en reposo una tierra, una tierra tranquila y pacífica.

Pero lo más trágico de esta tragedia judía del siglo xx era que quienes la padecían no encontraban en ella sentido ni culpa. Todos los desterrados de los tiempos medievales, sus patriarcas y antepasados, sabían como mínimo por qué sufrían: por su fe y por su ley. Poseían todavía como talismán del espíritu lo que los de hoy día han perdido hace tiempo: la confianza absoluta en su Dios. Vivían y sufrían con la orgullosa ilusión de haber sido escogidos por el Creador del mundo y de los hombres para un destino y una misión especiales, y la palabra promisorio de la Biblia era para ellos mandamiento y ley. Cuando se los lanzaba a la hoguera, apretaban contra su pecho las Sagradas Escrituras y, gracias a este fuego interior, no sentían tanto el ardor de las llamas asesinas. Cuando se les perseguía por todos los países, siempre les quedaba una última patria, la de Dios, de la que no les podía expulsar ningún poder terrenal, ningún emperador, rey o inquisidor. Mientras la religión los mantenía unidos, eran una comunidad y, por consiguiente, una fuerza; cuando se les expulsaba y perseguía, expiaban la culpa de haberse separado conscientemente de los demás pueblos de la Tierra a causa de su religión y sus costumbres. Los judíos del siglo xx, en cambio, habían dejado de ser una comunidad desde hacía tiempo. No tenían una fe común, consideraban su judaísmo más una carga que un orgullo y no tenían conciencia de ninguna misión. Vivían alejados de los mandamientos de sus libros antaño sagrados y ya no querían hablar su antigua lengua común. Con todo su afán, cada vez más impaciente, aspiraban a incorporarse e integrarse en los pueblos que los rodeaban, disolverse en la colectividad, sólo para tener paz y no tener que sufrir

persecuciones, descansar de su eterna huida. Y, así, los unos va no comprendían a los otros, refundidos con los demás pueblos: desde hacía tiempo eran más franceses, alemanes, ingleses o rusos que judíos. Hasta hoy, cuando se les amontona y se les barre de las calles como inmundicia (los directores de banco expulsados de sus palacios berlineses, los servidores de las sinagogas excluidos de las comunidades ortodoxas, los catedráticos de filosofía de París y los cocheros rumanos, los lavadores de cadáveres y los premios Nobel, los cantantes de concierto y las plañideras, los escritores y los destiladores, los hacendados y los desheredados, los grandes y los pequeños, los devotos y los ilustrados, los usureros y los sabios, los sionistas y los asimilados, los ashkenazis y los sefarditas, los justos y los pecadores y, tras ellos, la atónita multitud de los que creían haber escapado hace tiempo de la maldición, los bautizados y los mezclados), hasta hoy, digo, por primera vez durante siglos, no se ha obligado a los judíos a volver a ser una comunidad que no sentían como suya desde tiempos inmemoriales, la comunidad del éxodo que desde Egipto se repite una y otra vez. Pero ¿por qué este destino les estaba reservado a ellos y sólo a ellos? ¿Cuál era la causa, el sentido y la finalidad de esta absurda persecución? Se les expulsaba de sus tierras y no se les daba ninguna otra. Se les decía: no queremos que habitéis entre nosotros, pero no se les decía dónde tenían que vivir. Se les achacaba la culpa y se les negaban los medios para expiarla. Y se miraban los unos a los otros con ojos ardientes en el momento de la huida y se preguntaban: ¿Por qué yo? ¿Por qué tú? ¿Por qué yo y tú, a quien no conozco, cuya lengua no comprendo, cuya manera de pensar no entiendo, a

quien nada me ata? ¿Por qué todos nosotros? Y nadie sabía la respuesta. Ni siquiera Freud, la cabeza más clara de la época, con quien yo hablaba a menudo aquellos días, veía una solución o un sentido a tal absurdo. Pero quizás el sentido último del judaísmo sea el de repetir una y otra vez, a través de su existencia misteriosamente perdurable, la eterna pregunta de Job a Dios, para que no sea totalmente olvidada en la Tierra.

Nada hay más fantasmagórico que lo que se creía muerto y enterrado hacía tiempo vuelva a aparecerse en la vida, con la misma forma y figura. Había llegado el verano de 1939, Munich había pasado ya a la historia con su breve ilusión de *peace for our time*\ Hitler había atacado y anexionado la mutilada Checoslovaquia, rompiendo juramentos y promesas; Klaipeda había sido ocupada; la prensa alemana, artificialmente encauzada por el delirio, reclamaba Danzig y el corredor polaco. Inglaterra se despertó con un amargo regusto de su leal credulidad. Incluso la gente sencilla e inculta, que sólo por instinto aborrecía la guerra, empezó a exteriorizar con vehemencia su enojo. Todos los ingleses, normalmente tan reservados, le dirigían a uno la palabra: el portero que guardaba nuestro espacioso bloque de pisos, el *liftboy* del ascensor, la camarera que arreglaba las habitaciones. Nadie entendía muy bien lo que pasaba, pero todo el mundo recordaba una cosa, algo innegablemente manifiesto: que Chamberlain, el primer ministro de Inglaterra, había volado tres veces a Alemania para salvar la paz y que ninguna de las concesiones hechas de buena fe había satisfecho a Hitler. En el Parlamento inglés se oyeron de pronto palabras duras: *Stop aggression!* Por doquier se veían preparativos para (o,

más propiamente dicho, contra) la inminente guerra. De nuevo se cernieron sobre Londres los globos de defensa—todavía tenían el inocente aspecto de elefantes de juguete para niños—, de nuevo se abrieron los refugios antiaéreos y se revisaron las caretas antigás que se habían distribuido. La situación se había vuelto tan tensa como un año antes, quizás incluso más, pues esta vez el gobierno ya no tenía detrás a una población cándida e ingenua, sino a una decidida y exasperada.

Yo había abandonado Londres durante aquellos meses para retirarme al campo, en Bath. En toda mi vida no había sentido de un modo más cruel la impotencia del hombre frente a los acontecimientos mundiales. He aquí a un hombre despierto, pensante, que trabajaba al margen de la política, consagrado a su trabajo y dedicado, tranquilo y tenaz, a transformar sus años en obras. Y allá, en algún lugar, invisibles, una docena de otros hombres, a los que no conocía ni había visto nunca, unos cuantos en la Wilhelmstrasse de Berlín, otros en el Quai d'Orsay de París y otros más en el Palazzo Venezia de Roma y en Downing Street de Londres, esos diez o veinte hombres, muy pocos de los cuales habían demostrado hasta el momento una sensatez y una habilidad especiales, hablaban, escribían, telefoneaban y pactaban cosas que los demás no sabíamos. Tomaban decisiones en las que no teníamos arte ni parte y de cuyos detalles no llegábamos a enterarnos, y, sin embargo, disponían así, irrevocablemente, de mi vida y de la de todos los europeos. Mi destino estaba en sus manos y no en las mías. Nos aniquilaban o nos perdonaban la vida; a nosotros, impotentes, nos concedían la libertad o nos esclavizaban, decidían la guerra o la paz para millones de seres. Y



heme a mí sentado en mi habitación, como todos los demás, indefenso como una mosca, impotente como un caracol, mientras estaba en juego mi muerte o mi vida, mi «yo» más íntimo y mi futuro, los pensamientos que se formaban en mi cerebro, los proyectos nacidos o todavía por nacer, mi sueño y mi vigilia, mi voluntad, mis bienes, todo mi ser. Heme sentado, esperando con ansiedad y la vista fija en el vacío, como un condenado en su celda, encerrado entre cuatro paredes y encadenado en una espera absurda y lánguida, y los compañeros de cautividad preguntando a diestra y siniestra, aconsejando y charlando, como si ninguno de nosotros supiera o pudiera saber cómo y qué decidirían respecto a nosotros. Sonaba el teléfono y un amigo me preguntaba qué opinaba. Tenía ante mí el periódico, que me desconcertaba más aún. Escuchaba la radio y un comentario contradecía el anterior. Salía a la calle y la primera persona con la que tropezaba me pedía la opinión, a mí, tan ignorante como ella: ¿habría guerra o no? Y yo, en mi ansiedad, también preguntaba, hablaba, charlaba y discutía, aun sabiendo de sobra que todo conocimiento, toda experiencia y toda previsión adquiridas o inculcadas a lo largo de los años eran fútiles ante las decisiones de aquella docena de extraños y que, por segunda vez en el transcurso de veinticinco años, me encontraba de nuevo sin fuerza ni voluntad frente al destino y los pensamientos latían vacíos de sentido en mis doloridas sienes. Al final no pude soportar la gran ciudad por más tiempo, porque en cada esquina los *posters*, los carteles pegados, me acometían con palabras chillonas como perros hostiles, y también porque, sin querer, podía leer los pensamientos en la frente de los miles de seres que pasaban

por mi lado como una exhalación. Y, en realidad, todos pensábamos lo mismo, pensábamos únicamente en el «sí» o el «no», en el negro o el rojo de la jugada decisiva en la que, en mi caso, se apostaba mi vida entera, los últimos años que el destino me reservaba, mis libros no escritos, todo lo que hasta entonces había considerado mi misión y daba sentido a mi vida.

Pero la bolita, con una lentitud exasperante, daba vueltas indecisa de un lado para otro en la ruleta de la diplomacia. De aquí para allá, de allá para aquí, negro y rojo, rojo y negro, esperanza y desencanto, buenas y malas noticias, y nunca la última, la decisiva. «¡Olvida!», me decía a mí mismo. «Huye, refúgiate en la espesura más íntima de tu ser, en tu trabajo, ahí donde sólo eres tu “yo” anhelante, no un ciudadano, no el objeto de ese juego infernal, ahí, el único lugar donde la poca razón que te queda todavía puede actuar con sensatez en un mundo que ha enloquecido.»

No me faltaba una misión. Durante años había ido acumulando sin cesar el material preliminar para un gran estudio en dos volúmenes de la vida y obra de Balzac, pero no había tenido valor suficiente para dar comienzo a una obra tan extensa y proyectada a tan largo plazo. Sin embargo, justo ahora el desánimo me daba ánimos para dedicarme a ella. Me retiré a Bath, y precisamente a Bath porque esa ciudad, en la que habían escrito muchos de los mejores autores de la gloriosa literatura inglesa, Fielding sobre todo, ofrecía a la mirada tranquila, con más fidelidad y fuerza que cualquier otra ciudad inglesa, la apariencia de un siglo diferente, más pacífico: el xvm. Aunque, ¡qué contraste tan doloroso el de aquel paisaje suave y dotado de plástica belleza,

frente a la creciente agitación del mundo y de mis pensamientos! Tan provocativamente espléndido fue aquel agosto de 1939 en Inglaterra como lo había sido en 1914 el mes de julio más hermoso que recuerdo haber pasado en Austria. De nuevo el cielo suave, de un azul sedoso como una divina tienda de paz; de nuevo la benéfica luz del sol sobre los prados y los bosques, además de una indescriptible magnificencia de flores: la misma gran paz sobre la Tierra, mientras sus habitantes se preparaban para la guerra. Igual que entonces, la locura humana parecía increíble ante aquel florecimiento exuberante, tranquilo y tenaz, ante aquella quietud que se respiraba en los valles de Bath y que se deleitaba en sí misma, unos valles que por su misterio me recordaban los del paisaje de Bad en 1914.

Y una vez más no quería creerlo. Una vez más me preparaba, como entonces, para un viaje de verano. Se había fijado el congreso del PEN Club en Estocolmo para la primera semana de septiembre de 1939 y los compañeros suecos me habían invitado a asistir como huésped de honor, puesto que yo era un anfibio que ya no representaba a ninguna nación. Los amables anfitriones ya habían dispuesto de antemano las comidas del mediodía y de la noche para las semanas venideras. Yo había reservado con antelación un pasaje para el barco, cuando empezaron a llegar en tropel las alarmantes noticias sobre la inminente movilización. Según todas las leyes de la razón, hubiera tenido que empaquetar en seguida todos mis libros y manuscritos y salir de Inglaterra, que era una posible zona de guerra: yo era extranjero en ese país y, en caso de guerra, me convertiría de inmediato en extranjero enemigo, amenazado con padecer todas las

restricciones de libertad imaginables. Pero algo inexplicable se oponía dentro de mí a la huida para ponerme a salvo. En parte era obstinación, el deseo de no seguir huyendo toda la vida, pues, a pesar de todo, el destino me perseguiría allá donde fuera, pero en parte también era cansancio. «Acojamos el tiempo tal como él nos quiere», me decía con Shakespeare. Si te quiere, ¡no te resistas por más tiempo, a tus casi sesenta años! Ya no te robará lo mejor que tienes, tu vida vivida hasta ahora. Así, pues, me quedé. No obstante, quería poner el máximo posible de orden en mi vida civil y pública, y como tenía intención de volverme a casar, no quería perder un instante, no fuera a ser que el internamiento en un campo de concentración o cualquier otra medida imprevista me separaran de mi futura compañera. De modo que una mañana—era el 1 de septiembre, un día festivo—fui al registro civil de Bath para inscribir mi boda. El funcionario aceptó los papeles y se mostró sumamente amable y solícito. Comprendió perfectamente, como todo el mundo en aquellos tiempos, nuestro deseo de acelerar los trámites en lo posible. La boda quedó fijada para el día siguiente; cogió la pluma y empezó a escribir nuestros nombres en el registro con letra redondilla.

En aquel momento—serían las once—se abrió de golpe la puerta de la habitación contigua. Irrumpió en la nuestra un funcionario joven que se ponía la chaqueta mientras caminaba.

—¡Los alemanes han invadido Polonia! ¡Es la guerra!—anunció a gritos en aquella sala silenciosa.

La noticia me golpeó el corazón como un martillazo. Pero el corazón de nuestra generación ya estaba acostumbrado a toda clase de golpes duros.

—No necesariamente significa la guerra—dije yo, sinceramente convencido. Pero el funcionario por poco se enfadó conmigo.

— ¡No!—gritó furioso—. ¡Ya basta! ¡No podemos tolerar que esto se repita cada seis meses! ¡Tiene que terminar!

Mientras tanto el otro funcionario, que había empezado a redactar nuestro certificado de matrimonio, dejó caer la pluma con ademán pensativo. Al fin y al cabo, debió de pensar, nosotros éramos extranjeros y, en caso de guerra, nos convertiríamos automáticamente en enemigos. No sabía si, dadas las circunstancias, era lícito permitirnos contraer matrimonio. Dijo que lo lamentaba, pero que prefería pedir instrucciones a Londres. Los dos días siguientes fueron días de espera, esperanza y miedo, dos días de terrible tensión. En la mañana del domingo la radio dio la noticia de que Inglaterra había declarado la guerra a Alemania.

Fue una mañana singular. Nos alejamos de la radio, que había lanzado al espacio un mensaje que iba a durar siglos, un mensaje destinado a transformar totalmente nuestro mundo y la vida de cada uno de nosotros, un mensaje que encerraba la muerte para miles de los que lo escuchaban en silencio; aflicción y desventura, desesperación y amenaza para todos nosotros; un mensaje del que quizá no se sacaría la lección hasta el cabo de años y más años. Una vez más era la guerra, una guerra más terrible y de peores consecuencias que cualquiera anterior. Una vez más se terminaba una época, una vez más empezaba una época nueva. Permanecíamos en silencio en la habitación, de pronto sumida en una quietud sepulcral, y evitábamos mirarnos. De fuera llegaba el gor-

jeo despreocupado de pájaros, que, en su frívolo juego amoroso, se dejaban llevar por el suave viento, y los árboles se balanceaban en el dorado resplandor de la luz, como si sus hojas quisieran tocarse tiernamente como labios amorosos. Una vez más la viejísima madre naturaleza no sabía nada de las angustias de sus criaturas.

Fui a mi habitación y coloqué mis cosas en una maleta. Si se confirmaba lo que había predicho un amigo que ocupaba un cargo importante, en Inglaterra a los austríacos nos contarían entre los alemanes y cabía esperar que nos impusieran las mismas restricciones; quizás aquella misma noche ya no me dejarían dormir en mi cama. Había bajado un escalón más: desde hacía una hora ya no era sólo un extranjero en aquel país, sino también un *enemy alien*, un extranjero enemigo, exiliado por la fuerza en un lugar donde no se hallaba su corazón palpitante. ¿Se podía imaginar una situación más absurda para un hombre expulsado hacía tiempo de una Alemania que lo había estigmatizado como antialemán a causa de su raza y de su modo de pensar, que la de encontrarse en otro país donde, por un decreto burocrático, le imponen una comunidad de la cual, como austríaco, nunca ha formado parte? De un plumazo el sentido de toda una vida se había convertido en contrasentido; yo escribía y pensaba en alemán, pero cada idea que concebía, cada deseo que sentía, pertenecía a los países que se alzaban en armas por la libertad del mundo. Cualquier otro vínculo, todo lo anterior y pasado, se había roto y destruido, y yo sabía que, después de esta guerra, todo debería volver a empezar de nuevo, pues la misión más íntima a la que había dedicado toda la fuerza de mi convicción durante cuarenta años, la unión pacífica de Eu

ropa, había fracasado. Aquello que yo temía más que a la propia muerte, la guerra de todos contra todos, se había desencadenado por segunda vez. Y quien había luchado con pasión durante toda su vida por la solidaridad humana y por la unión de los espíritus, se sentía en aquellos momentos—que exigían como nunca una comunión absoluta—, inútil y solo como en ninguna otra época anterior a causa de esa brusca segregación.

Bajé al centro de la ciudad para echar una última mirada a la paz. Resplandecía serena a la luz del mediodía y no me pareció diferente de como solía ser. La gente seguía su camino de costumbre con su paso habitual. No corría, no formaba corros en mitad de la calle. Su comportamiento aparecía tranquilo y sereno, propio de los domingos, y por un momento me pregunté: ¿acaso todavía no lo saben? Pero eran ingleses, acostumbrados a reprimir sus sentimientos. No necesitaban banderas ni tambores, ruido ni música, para afirmarse en su tenaz determinación, desprovista de patetismo. ¡Qué diferente de aquellos días de julio de 1914 en Austria, pero qué diferente era yo ahora de aquel joven de entonces, cuán cargado de recuerdos! Sabía qué significaba la guerra y, contemplando los comercios relucientes y repletos de artículos, veía de nuevo, en una visión intensísima, los de 1918, desvalijados y vacíos y que me miraban con ojos desencajados. Veía, como alguien que sueña despierto, una larga cola de mujeres afligidas ante las tiendas de comestibles, a madres vestidas de luto, a heridos, a inválidos: todo el tremendo horror de antes volvía como un fantasma a la luz radiante del mediodía. Recordaba a nuestros viejos soldados, exhaustos y andrajosos, que regresaban del campo de batalla; con el corazón

palpitante percibía la guerra pasada en la que ahora empezaba y que todavía ocultaba su horror a las miradas. Y sabía que una vez más todo lo pasado estaba prescrito y todo lo realizado, destruido: Europa, nuestra patria, por la que habíamos vivido, sería devastada más allá de nuestras propias vidas. Comenzaba algo diferente, una época nueva, pero ¡cuántos infiernos y purgatorios había que recorrer todavía para llegar a ella!

El sol brillaba con plenitud y fuerza. Mientras regresaba a casa, de pronto observé mi sombra ante mí, del mismo modo que veía la sombra de la otra guerra detrás de la actual. Durante todo ese tiempo, aquella sombra ya no se apartó de mí; se cernía sobre mis pensamientos noche y día; quizá su oscuro contorno se proyecta también sobre muchas páginas de este libro. Pero toda sombra es, al fin y al cabo, hija de la luz y sólo quien ha conocido la claridad y las tinieblas, la guerra y la paz, el ascenso y la caída, sólo éste ha vivido de verdad.